

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS



SELECCIÓN DE LECTURAS
ENSAYO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

María Andueza (comp.)

México



Marzo, 2002

Para cualquier información y comentarios
sobre esta obra comunicarse a:
E.MAIL suafyl@servidor.unam.mx
Visite nuestra página en internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx>

Selección de lecturas de Ensayo Español del Siglo XX

Primera edición: enero de 1997

D.R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Cd. Universitaria, C.P. 04510, México, D. F.

DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

7° PISO TORRE DE HUMANIDADES I

ISBN 968-36-6205-6

Impreso y hecho en México

Segunda edición: diciembre de 1997

Tercera edición: septiembre de 2001

Cuarta edición: marzo de 2002

Colaboradores de Cómputo SUAFyL

Dora Luz Díaz Cruz

Mónica Rodríguez García

Mónica Sánchez Hernández

*Captura, escaneo, corrección de galeras
y cotejo de originales*

Dora Luz Díaz Cruz

Carlo Salinas Reyes

Diseño editorial y formación

Carlo Salinas Reyes

Coordinador General

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	5
UNIDAD 1. HACIA UN CONCEPTO DEL ENSAYO ESPAÑOL	
1.1. José Luis Gómez Martínez. <i>Teoría del ensayo</i>	9
1.2. Eduardo Gómez de Baquero, (Andrenio). <i>El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos</i>	13
1.3. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	15
1.4. Eduardo Nicol. <i>Ensayo sobre el ensayo</i>	17
1.5. Arturo Souto. <i>El ensayo</i>	19
1.6. Pedro Laín Entralgo. <i>Prólogo a José Ortega y Gasset</i>	21
1.7. Alfredo Carballo Picazo. <i>El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España</i>	23
1.8. Ricardo Gullón. <i>El ensayo como género literario</i>	27
1.9. Juan Marichal. <i>Teoría e historia del ensayo español. (Introducción)</i>	29
UNIDAD 2. GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO	
2.1. Angel Ganivet. <i>Ideárium español</i>	35
2.2. Miguel de Unamuno. <i>En torno al casticismo</i>	37
2.2.1. _____. <i>Vida de don Quijote y Sancho</i>	39
2.2.2. _____. <i>Del sentimiento trágico de la vida</i>	43
2.2.3. _____. <i>La agonía del cristianismo</i>	44
2.3. José Martínez Ruiz (Azorín), <i>Castilla</i>	47
2.4. Ramiro de Maeztu. <i>Defensa de la hispanidad</i>	49
2.5. Antonio Machado. <i>Cancionero apócrifo</i>	51
UNIDAD 3. NOVECÉNTICIMO	
3.1. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	57
3.2. Eugenio D'Ors. <i>Nuevo glosario</i>	59
3.3. Gregorio Marañón. <i>Vocación y ética y otros ensayos</i>	61
3.4. Ramón Pérez de Ayala. <i>Las máscaras</i>	65

Pág.

3.5. Manuel, Azaña. <i>Ensayos sobre Valera</i>	69
3.6. Salvador de Madariaga. <i>Ingleses, franceses y españoles</i>	73
3.7. Américo Castro. <i>La realidad histórica de España</i>	77

UNIDAD 4. LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4.1. Pedro Laín Entralgo. <i>La generación del Noventa y Ocho</i>	81
4.2. José Luis Aranguren. <i>Estudios literarios</i>	87
4.3. José Ferrater Mora. <i>El mundo del escritor</i>	95
4.4. Julián Marías. <i>Cervantes, clave española</i>	99

UNIDAD 5. ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5.1. Pedro Salinas. <i>El defensor</i>	105
5.2. José Bergamín. <i>El disparadero español</i>	109
5.3. José Moreno Villa. <i>Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana</i>	113
5.4. Juan Larrea. <i>Del surrealismo a Machupicchu</i>	117
5.5. Eduardo Nicol. <i>La vocación humana</i>	121
5.6. María Zambrano. <i>Pensamiento y poesía en la vida española</i>	131
5.7. Francisco Ayala. <i>El escritor en su siglo</i>	135

UNIDAD 6. ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6.1. Juan Marichal. <i>Teoría literaria e historia del ensayismo hispánico</i>	143
6.2. Carlos Castilla del Pino. <i>Cuatro ensayos sobre la mujer</i>	149
6.3. Carlos Bousoño. <i>Teoría de la expresión poética</i>	153
6.4. Tomás Segovia. <i>Cuaderno inoportuno</i>	155
6.5. Jaime Gil de Biedma. <i>El pie de la letra</i>	157
6.6. José Ángel Valente. <i>Las palabras de la tribu</i>	161
6.7. Federico Patán. <i>José de la Colina</i>	165
6.8. Fernando Savater. <i>Panfleto contra el todo</i>	173

UNIDAD QUINTA

ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5. 1. Salinas, Pedro. "Defensor de la lectura" en *El defensor*, Madrid, Alianza editorial, 1983, (AT, 118), pp. 169-184).
5. 2. Bergamín, José. "El disparate de la literatura española" en *El disparadero español*, México, Editorial Séneca, 1940, pp. 11-21.
5. 3. Moreno Villa, José. "País Nuevo", "Toponimia", "El español en boca mexicana" en *Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, (CP, 296), pp. 9-18.
5. 4. Larrea, Juan. *Del surrealismo a Machupicchu*, México, Joaquín Mortiz, 1967, pp. 133-141.
5. 5. Nicol, Eduardo. "San Juan de la Cruz. La experiencia mística y su expresión", en *La vocación humana*, México, El Colegio de México, 1953, pp. 63-80.
5. 6. Zambrano, María. "Pensamiento y poesía en la vida española", en *Pensamiento y poesía en la vida española*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 25-31.
5. 7. Ayala, Francisco. "La cuestionable literatura del exilio", en *El escritor en su siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, (AT, 252), pp. 224-237.

5. 1. EL DEFENSOR

Pedro Salinas
(1891-1951)

Educar para leer y leer para educar

Crear, hoy día, en alguna manera de educación que no sea la atlética, los entrenamientos deportivos que, según dicen, son de resultado seguro, es cosa deslucida, y que no se lleva en los círculos intelectuales elegantes. Allí, la moneda de más curso es la agudeza del ingenio, con su punta de desprecio ante todo lo que huele a educación. Y la única salida que los propios educadores tienen de hacerse perdonar que lo son es burlarse, ellos también, de serlo.

A esta situación no se ha llegado sin porqué. Maestros y maestrillos, y sobre todo los maestros profesionales de los maestros, han cogido por su cuenta a la noble, hermosa figura de la educación, la han sometido a tales maltratos, deformaciones, embadurnos y pintarrajos, y han sobrepuesto a su habla natural una jerga técnica, tan cómicamente esotérica, que hoy ya no se la ve sino como espantajo y adefesio, que da risa o ganas de huirla. Y, sin embargo, la educación, conforme los que más entienden de estas cosas, es un hecho natural, una realidad que se impone al hombre, antes de que éste la convierta en un sistema reflexivo. Y ya que inevitable, parece conveniente que sea lo mejor que pueda. La solución del gran drama de la lectura está, para mí, en la enseñanza de la lectura. En la formación del lector.

¿Por quién, y desde cuándo? Por la escuela y desde que se entra en contacto con las letras; en cuanto se empieza a enseñar las letras. Al precepto del dómine forzudo, «la letra con sangre entra», sustitúyase el del pedagogo inteligente: «la letra con letra entra». Porque si se repasan esos remedios que hemos venido examinando, saltará a la vista que todos convienen en su propósito de enseñar a leer a la gente. Pero ¿a quién? A los mayores, a las personas hechas y derechas, a los que ya saben leer. ¡Estupenda situación y asombroso embolismo! Sabios, letrados, profesores universitarios, almas filantrópicas, empeñándose en enseñar lo ya enseñado, lo primero que la escuela tiene obligación de enseñar: ¡el arte de la lectura! O estamos todos poseídos de mental desbarato al andar así por el mundo ofreciendo a diestro y siniestro lo que ya todos tienen, o estamos todos diciendo, al par que nos lo llamamos, una verdad como un templo: en las escuelas ya no se enseña a

leer. Y que luego, cuando esos párvulos salen de su parvulez y ya están bien crecidos y con los huesos duros, lo único que se nos ocurre es ofrecerles los tres o cuatro mejores libros del mes o los cien y pico mejores de todos los tiempos. O acaso brindarles un libro sobre cómo leer, donde, con las mejores intenciones del mundo, se aspira a que un hombre de treinta años aprenda de memoria, en un par de vigiliadas, lo que sólo se puede aprender debidamente a fuerza de años de práctica y escolaridad, y en muchas veces y en muchos libros.

No hay más tratamiento serio y radical que la restauración del aprendizaje del bien leer en la escuela. El cual se logra, no por misteriosas y complicadas reglas técnicas, sino poniendo al escolar en contacto con los mejores profesores de lectura: los buenos libros. El maestro, en esto de la lectura, ha de ser fiel y convencido mediador entre el estudiante y el texto. Porque todo escrito lleva su secreto consigo, dentro de él, no fuera como algunos creen, y sólo se la encuentra adentrándose en él y no andando por las ramas. Se aprende a leer leyendo buenas lecturas, inteligentemente dirigido en ellas, avanzando gradualmente por la difícil escala. Y al final de ella se alcanza a la posesión de una inteligencia formada, de un gusto propio, de una *conciencia de lector*, personal y libre, que es el único órgano adecuado de selección atinada, en el mundo de los libros, y en el otro. Estos dos problemas, artificialmente separados, el *qué* se lee, y el *cómo* se lee, van siempre resueltos juntamente en una buena educación. Se leen los clásicos, para cada edad el suyo; los mejores libros, señalados no por Fulano o Mengano acorde con su capricho, sino por la tradición culta del mundo, con las variantes propias de cada país. Y se leen delicadamente aclarados, diariamente vividos, en la clase, año tras año, de suerte que el cómo leer se aprende sin saber cómo, al igual que el andar o el respirar, por natural ejercicio de la función. No de otro modo aprendieron a leer los grandes lectores de la humanidad, los Bacon, los Erasmos, cuyos maestros de lectura no fueron, por cierto, manuales facilitones, que quieren enseñar todo a la carrera, de una sentada, sino en despaciosa lectura tras lenta lectura, en

muchas sentadas, en toda la vida. Esta forma de enseñanza integral del leer podrá ser difícil, hoy, dado el bajo nivel a que han llevado los educadores de los educadores a tantos pobres maestros, pero a ella hay que aspirar, cueste lo que cueste, so pena de catástrofes que ya se anuncian. Un maestro de letras como el famoso profesor de Cambridge Sir Arthur Quiller Couch expresó su fe en ella con palabras muy mejores que las mías: «Creo que el Humanismo debía ser no decorativo adorno adquirido ya tarde en el proceso de la educación, sino más bien una cualidad que puede y debe condicionar toda la enseñanza, desde la primera lección de cartilla; su sello hay que empezar a imprimirlo con la primera lección de la escuela primaria.»

Esa educación presidida *por una cualidad* es la que adiestrará al hombre a distinguir de cualidades: armamento el único para vencer al monstruo enemigo, al terrible espantajo de la confusión cuantitativa.

Signos sin significancia

Los analfabetos disminuyen, como ha dicho Bergamín, de una manera alarmante. Pero acaba de verse que los alfabetizados no saben leer, y han de entregarse en manos, cuando ya presumen de andar solitos por el mundo, de pastores que nutran a sus enormes rebaños con el primer forraje que se les ofrezca. La crisis de la lectura resalta, entonces, en la mayoría de edad de las gentes; pero empieza, y es donde hay que atacarla, en su minoría, en la infancia. Por lo que gracias a mi trato con estudiantes de varios países he podido observar, me parece que el mal viene de haber dejado de tomar la enseñanza de la lectura como un centro de actividad total del espíritu, en cuya práctica se movilizan y adiestran las cualidades de la inteligencia, de la sensibilidad, se enseña a discernir de valores morales y estéticos, en resumen se educa al niño, por todos lados. Y se ha angostado, a la adquisición de un mecanismo para la comprensión elemental del alfabeto, sus signos y sus combinaciones más sencillas. La criatura desdichada se queda en los puros signos, no pasa a los significados. Y, en consecuencia, no sabrá más tarde percibir el sentido de los libros, ni las cosas, porque se le enseñó a leer por los sentidos, pero sin sentido. Nada tiene sentido. Todo son palabras, que parpadean, se agitan, llaman y en seguida se apagan, como los que refulgen en el deslumbrante vocabulario sin alma de los anuncios luminosos.

Así se verá a ese niño, inocente víctima de la degeneración de la enseñanza, cuando ya es mayor, tal como se nos ha aparecido desde el

comienzo de estas páginas, como el extraviado errabundo entre los libros. Ya sabemos cómo ha acabado; ahora ya podemos saber, también, cómo empieza, y dónde, ese desventurado tipo. Si se halla inerte ante los monstruos es porque la sociedad no le dio las justas armas, a su hora, durante los años de su educación, y éstas con que acude ahora a su precario auxilio son de palo y engañoso sustituto.

No saber andar por entre los libros, ni por entre las cosas, por el mundo, porque no hubo quién le enseñara las letras de tal modo que se apercibiera de que ellas son trasuntos del mundo, en general, y que aprendiendo a caminar a derechas por aquel mundo —para los superficiales imaginario— estaba enseñándose a no andar a siniestras por éste, escenario también que Dios le montó en obra de siete días, para que sobre sus tablas se jugara el gran drama de su salvación o su desgracia.

Vuelven a agitarse extraños bultos deformes en este mundo, sombras desmesuradas se perfilan, nombres resurrectos. Son más de temer porque ahora los introduce la razón —no se les teme sino que se les corteja— y los crían los hombres mismos que ellos vienen a devorar. La lógica nos los ofrece por tan benéficos amigos nuestros, que los humanos se organizan y apiñan científicamente para dirigirse en imponentes batallones de inconsciencia a su mismísima madriguera. Llevan estas huestes de hombres arsenal copioso, banderas brillantes, músicas lucidísimas en su marcha, todo ello proporcionado por el más idolatrado numen de estas muchedumbres: el santísimo provecho material.

Pero hay quien dice que el tal progreso, no obstante su eterna cara de pascua y su constante promesa de promesas, como es monstruo él también —ya que no se conoce medida y las niega todas—, anda aliado con la demás tropa monstruosa que rebrama apasionadamente en torno nuestro, y su papel en la gigantesca tramoya es empujar a las humanas formaciones, distrayéndolas, ensoberbeciéndolas, con armas, pendones y añafiles, hacia la embocadura del cubil magno, manida del monstruo mayor. Gracián, cauto jesuita y avisado moralista, la tituló *la Cueva de la Nada*.

III. LA SOLEDAD DEL LECTOR

En medio de este tumulto y confusión de libros, en el vórtice de tanto desbarajuste, zarandeado de un lado a otro por las alborotadas confusiones, triste y desventurada figura hace el hombre, el lector. Supues-

to señor de la baraúnda y, verdaderamente, su víctima. Porque el lector ya no sabe casi de qué serlo ni cómo serlo. Perdido su señorío, acude febrilmente a las listas de los *bestsellers*, a las selecciones del libro del mes, y entrega su gusto y sus horas en las manos de administradores públicos de la lectura.

Si cupiera en nuestra lengua distinción semejante a la que en francés usa Thibaudet en su obra *Le liseur de romans*, un hombre al que vemos inclinado sobre un libro, podría pertenecer a una de dos categorías muy distintas: *leedor* o *lector*. Y uno de los efectos del desorden intelectual contemporáneo es que mientras ha crecido el número de los leedores, se ha vuelto rareza singular el tipo puro del lector.

De oportuna recordación son estas palabras de Thoreau, en su *Walden*: «La mayoría de la gente ha aprendido a leer para servir a una mezquina conveniencia, del mismo modo que se aprende a contar para llevar la contabilidad y que no le engañen a uno en los negocios; pero poco o nada saben de lo que es la lectura como noble ejercicio del intelecto.»

Leedores y lectores

La galería de leedores es copiosa. El estudiante que se desoja en víspera de examen sobre el libro de texto; el profesor que trasnocha entre tratados, acopiando datos para su lección; la matrona que, parada junto al fogón, recita en voz alta las instrucciones coquinarias que conducen al succulento plato; el funcionario en retiro que demanda a las páginas del libro la mejor manera de invertir sus ahorros; o la dama, muy cursada ya en la treintena, que se retira al secreto de su tocador y corre renglón tras renglón en procura de experimentados avisos que la devuelvan sus gracias fugitivas; todos ellos —y mil más no pasan de leedores.

Leedor, también, el que emplea su tiempo en los diarios. Coinciden en eso el escandinavo y el chino. El uno, Georg Brandes, asevera que de cien personas que saben leer, noventa no suelen leer más que diarios, lo cual exige escaso esfuerzo. Y el otro, americanizado de la China, Lin Yu Tang, dice: «Yo no llamo lectura, en absoluto, a la enorme cantidad de tiempo que se gasta en leer periódicos.» En la escala de los que recorren con los ojos un papel impreso, el personaje inferior es uno, regalo de nuestros días a la infinita variedad de lo humano, el leedor, o «el vista», de *muñequitos*. Inmerso, complacido hasta el arrobamiento, en las delicias de recorrer cuadro por cuadro, escena por escena, sin perderse una, los trabajos de Maggie o las hazañas del Superhombre, sus ojos

avanzan por un medio mixto, parte imágenes mal trazadas, pintarrajeadas de colores groseros, parte palabras; éstas, no muchas, van encerradas en unos globitos que les salen a los personajes de la boca, y por su vacuidad sirven de adecuado sustituto al aire vano que contienen los globos de veras. El veedor o el leedor de semejante cosa recuerda al anfibio, que entra y sale de lo leído, insignificante, a lo visto, vulgarísimo, sin saber nunca a derechas por dónde se anda. ¿Mira, lee, promiscúa? Pero atrevido sería decir de estos ciudadanos, doblados, regocijados, sobre el papel, que están leyendo. Ni siquiera rozan por lo bajo los cielos y lecturas a donde se transporta el lector de verdad, ya que las actividades superiores del alma no asisten, están de sobra en esta jenízara operación visual. Comparo al aficionado a los *muñequitos* al denodado masticante de chicle, por cuantos ambos no ahorran esfuerzo ni tiempo en sendas operaciones que parecen las dos dirigidas al noble menester de la nutrición, ya corporal, ya del espíritu; cuando en realidad nada de provecho pasa al estómago del uno ni a la cabeza del otro, y los dos se hermanan en su posible comparanza con el desdichado animal que voltea y voltea la noria, sin que se le importe que el pozo esté seco.

Frente a estas legiones, en escasa minoría, los lectores. Se define el lector simplicísimamente: el que lee por leer, por el puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estarse con él horas y horas, lo mismo que se quedaría con la amada; por recreo de pasarse las tardes sintiendo correr, acompasados, los versos del libro, y las ondas del río en cuya margen se recuesta. Ningún ánimo, en él, de sacar de lo que está leyendo ganancia material, ascensos, dineros, noticias concretas que le aúpen en la social escala, nada que esté más allá del libro mismo y de su mundo.

SALINAS, Pedro. "Defensa de la lectura", en *El defensor*. Madrid, Alianza Editorial, 1983, pp. 169-184, (AT, 118).

